

# ILLUSTRATION

## NON PLUS ULTRA



LA MENSAJERA DE AMOR



SUSCRICION

Núm 30

Año I

NÚMEROS SUELTOS

Semestre... 3. Ptas.  
Año... 5'50 id.

Por en moneda, libranza o los únicamente en la Administración, de 10 á 15 de 3 á 5.

SCUDILERS 5, 7 y 9  
Barcelona

ILUSTRACION NON PLUS ULTRA

Barcelona 31 Marzo 1887.

10 centimos de peseta  
y 15 los atrasados.

De venta en las librerías,  
kioscos, vendedores ambulantes y puntos de costumbre en

España

Núm. suelto 10 cent. de peseta \* Núm. suelto 10 cent. de peseta

Los corresponsales venderán por manos á los vendedores ambulantes.

## UN INFORME LEGAL.

Un número respetable, de respetables abogados franceses, acaba de reunirse al sólo objeto de discutir el siguiente tema:—«¿Puede el marido abrir las cartas dirigidas á su mujer ó escritas por ella?» La contestación de los togados ha sido afirmativa; pero el periódico parisiense *Le Temps*, sea por considerar el ilustrado cónclave una junta de rabadanes interesados en trasquilar la oveja, pues el ser abogado no obsta para ser marido celoso, sea por entender que el caso era un punto de moral que exigía para su resolución definitiva el dictamen de personas peritas, ello es que se ha dirigido en consulta á Dumas el célebre autor de *Les femmes qui tuent*, y de *Le Divorce*, á Presseuse, sacerdote de una parroquia mundana de París y gran inteligente en este ramo de ciencia sociológica, y á las renombradas escritoras Georges Peyrebrune y Julieta Adam.

La contestación de Dumas no ha podido ser más terminante —«La mujer que ha perdido al hombre, siempre que este se ha dejado guiar por ella, debe vivir en perpetua tutela. Un marido que sospecha de su esposa, y para salir de dudas vacila en abrir las cartas que esta recibe, es un imbécil.»

Así se ha espresado el insigne novelista. A su vez el abate Presseuse ha resumido su opinión en estas palabras:—«Según la doctrina católica el marido es el amo en el hogar. El confesor respondería á la penitente que se le quejase de que el marido le abre las cartas:—Vuestro esposo tiene derecho de investigarlo todo en su casa; y si vuestro orgullo se siente mortificado por este espionaje, ofreced á Dios ese sacrificio que os impone.»

Mme. Georges de Peyrebrune también ha despachado su informe de acuerdo con los abogados, y ha dicho entre otras cosas:—«La libertad moral de la mujer queda restringida con el matrimonio, y por lo mismo el derecho del marido á abrir las cartas de su mujer es perfectamente legal. Por otra parte, el reconocimiento de este derecho inquisitorial, no incomodará mucho á las mujeres para recibir y enviar una correspondencia que haya que sustraer á la indiscreción marital. Todas sabemos que esta clase de misivas no circulan solamente por el correo. Dejad pues, que se regocijen los maridos, si son lo bastante poco diestros y lo

bastante mal educados para abrir las cartas que no les han sido dirigidas.»

Por último, Julieta Adam indignándose contra el parecer de los abogados á quienes tacha de descortes, dice:—«El hombre que es el que hace las leyes ha establecido las relaciones conyugales completamente beneficiosas para él; así sus derechos se extienden desde el dominio hasta el asesinato. La personalidad que la mujer adquiere en el matrimonio hace pesar sobre ella responsabilidades que de ningún modo se podrían imponer á una criatura ciegamente sometida. La mujer tiene, pues, libertad de pensar, y comunicar sus pensamientos con su madre, sus hermanos y sus amigas, y de recibir los que estos individuos le comuniquen. Sin esta libertad y para secretos nada deshonorosos, se vería obligada á servirse de la lista de correos y de la complacencia siempre humillante de los criados. Cuando el marido llega á sospechar de la esposa creo que las únicas garantías verdaderamente seguras, son el serrallo y el eunuco.»

El asunto, como se vé, es embrollado como todos los que tienen verdadera trascendencia social. Hay sus razones en pró, y hay sus razones en contra, á cual más poderosas.

El *Temps*, sigue con su información de la que dudó saque nada en limpio, y digo esto, porque yo también al objeto de procurarme luz en tal materia, he explorado distintas opiniones, no como el periódico parisiense entre la *crème* de la literatura y del buen tono, sino entre la gente humilde que por no entender de filosofía, ni retórica, se guía únicamente por la gramática parda del buen sentido. Y con esto he tenido ocasión de oír peregrinos razonamientos, sin que ninguno me satisficiera por completo.

Quien, sin embargo, más me plugo por lo ocurrente, fué el que desarrolló el zapatero que me calza, hombre veterano en lides matrimoniales como que se ha reenganchado cinco veces en el batallón de S. Cornelio. Dice el tal zapatero:—«Mire V., nadie sospecha de su mujer si esta no le da motivo con su conducta. Pues bien, si yo sospechase de mi esposa, y supiese que esta recibe cartas y no me las dejase leer, ¿sabe V. lo que haría? pues una cosa muy sencilla: en vez de abrirle las cartas, le abría la cabeza.»

Recomiendo pues esta opinión al ilustrado periódico francés.

JUDAS TADEO.



## CADENA PERPETUA

novela original  
de  
**Pedro Huguet y Campaña**

## CAPITULO I.

## Esbozos y perfiles.

Vallehondo es uno de los lugares más deleitosos que se ocultan en los repliegues de las serranías andaluzas. Dése el lector por bastante enterado con este dato, y no se intrínque en averiguaciones geográficas, si, como supongo, no es amigo de procurarse inútiles fatigas.

Cuatro montículos, á manera de rebutido marco caprichosamente floreado, encuadran el término municipal de este pueblo, de tal suerte, que, puesto el espectador en lo alto de cualquiera de las comarcas cimas, creería estar viendo á sus piés un gigante canastillo bordado con sedas de mil colores. Cuando el sol se oculta tras la roca del Respiro, (llamada así porque en ella lo toman los que llegan venciendo la penosa cuesta), y la luz no cubre el espacio con el polvo de oro que durante el día vibra y centellea como las ondas de un lago, escede á todo encarecimiento la hermosura del panorama que ofrece aquella planura que apenas mide una legua de circuito. Las zarzamoras y madroños estienden sus brillantes fajas verdes en torno de las huertas entoldadas de azufayos, de olivos y granados; los regatos ceñidos de amapolas dilatan sus escamas de cristal por los campos moteados de maizales y tarayes; los viñedos que muestran entre sus metálicas hojas los colorados racimos, bajan por las vertientes y repechos de las colinas como cascadas de esmeraldas y rubíes; semejan rebaños de esquivos faunos ebrios de placer, los carrascos y chaparros que se apelonan al borde los torrentes entremezclando sus desgreñadas cabelleras: y en medio de este rico mosaico, se destaca el caserío con sus aleros de color de barro cocido, ataviados con ristras de mazorcas rojas y blancas, y el campanario agujereando el cielo con su agudo remate, en torno del cual revolotea incesantemente espesa turba de chilladoras golondrinas.

Algo apartado del pueblo, y en el punto más ameno del paisaje, sobre una meseta á la cual se llega por un ancho y recto sendero orillado de álamos, osténtase un grueso edificio, cuyas almenas, ladroneras y torreones delatan haber sido en otro tiempo castillo señorial, al paso que el gracioso parque que lo circunvala, la esbelta galería que se abre en uno de sus lados, y la escalera de mármol que ha venido á sustituir al ferrado puente levadizo, denotan que al presente sirve de morada á riquísimo propietario.

En las tardes de Junio, el último rayo del sol poniente se escurre como una vihora de fuego por entre los matorrales que coronan la roca del Respiro. Entonces no hay que temer el calor que ha hecho cantar desesperadamente las chicharras durante las perezosas horas de la siesta. Una fresca brisa esparciendo oleadas de perfumes, cual si en el fondo del valle se hubiesen roto millares de ánforas llenas de esquisitas esencias, abaniqua las copas de los árboles que se esponjan, bullen y susurran.

Los pájaros sacuden la modorra que les ha retenido en las umbrías, y se disparan por el aire con estremecimientos de placer ensordeciendo el espacio con la algarabía de su interminable charloteo.

Los tejados de la aldea empiezan á coronarse de vellos de humo que huele á salvia y tomillo, y por las varias cañadas que cruzan los vecinos cerros, y por los varios senderos que tijereteen la planicie, hierve un deseminado hormiguero de rebaños que acuden al aprisco, de recuas que tornan de la feria á donde han ido á

llevar el áurco aceite de sus almazaras, y de labriegos que cargados con los aperos del trabajo se dirigen á sus respectivas querencias en demanda de la cena que las esposas les preparan debajo los tupidos parrales. El repetido gorgojo de los alborozados pajarillos, el soñoliento son de las esquilas, el mujido de los bueyes que pasan mirando de través con sus recelosos ojos, la gritería de los chicuelos revolcándose en las ahechaduras de las eras, ó acosando á alguna docena de patos que chapucean en un remanso, el ladrido de los perros que se agitan tras el bardal de los cortijos cada vez que oyen rumor de pasos, y el eco de los cantares que con infinita gracia entonan los mozos al regresar del barbecho y la sementera, forman un concierto de espontánea alegría tan grandioso, tan embriagador, y tan vibrante que es para no envidiar las más brillantes sintonías teatrales.

—Guarde Dios á su mercé. ¿Servimos para algo?

—Gracias amigos

—Viva mil años, D. Gonzalo. ¿Quiere mandarme una sa alguna?

—Adios, Pacorro.

—A la paz de Dios, señor Marqués. ¿Que no se fatigue usía!

—Buenas tardes, Verderón.

Estos rápidos cuanto afectuosos saludos se cruzaban entre los labradores y traginantes, que uno á uno ó en grupos iban camino de sus hogares, y un apuesto gineete que al trote corto de jerezana yegua se dirigía al caserío con trazas de castillo que hemos dicho señorea el caserío y campos de Vallehondo.

Era el tal gineete un joven que apenas frisaría en los veinte y tres años. Rostro ovalado y ligeramente trigueno con un fino bigote que sombreaba la boca encarnada como cereza madura, ojos negros con profundidades de abismo y reverberaciones de estrella, voz pastosa con matices de zalamería, y cuerpo delgado pero robusto y sumamente garboso. Vestía una chaquetilla terciopelo azul con alamares y bellotas de seda del mismo color, y botonadura de plata; pantalón blanco de hilo crudo apretadamente ajustado; finísima camisa sobre cuya crujiente pechera caía una corbata de seda negra anudada por una pequeña serpiente de oro escaqueada de perlas; y rico sombrero de jipijapa que se ladeaba en su cabeza ligeramente rizada.

En tanto sigue su camino devolviendo con la sonrisa en los labios cariñosos saludos, digamos algo acerca la pasada vida de este joven, que no es otro que D. Gonzalo de Medina, único hijo y heredero de los marqueses de Vallehondo.

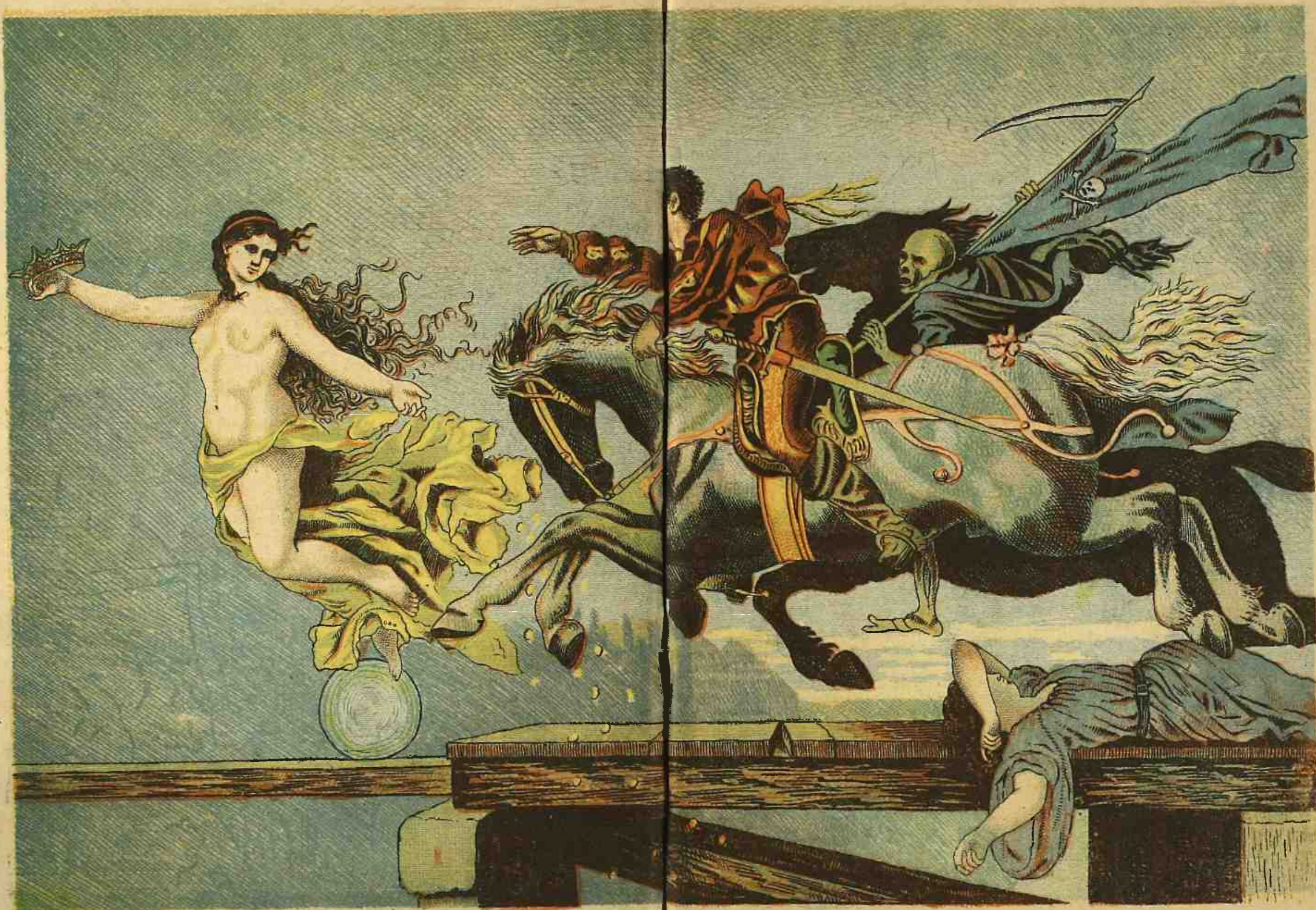
Huérfano desde la infancia, encargóse de él su tío paterno el lectoral de Málaga, hombre bondadoso, pero de tan rancio pensar, que no habiendo para él más ciencia que la contenida en la *Summa*, ni felicidad posible fuera del estado religioso, pertrechó á su sobrino de distinguidos y sutilezas, le atiburró de escolios y sermones, y por tales vías le encaminó, que sin darse cuenta de ello se hubiera encontrado sacerdote aspirante á una mitra el joven marqués de Vallehondo, si unos bellos ojos no le hubiesen descubierto otra senda más agradable que la que mostraban las lumbreras de la Iglesia que en forma de gruesos volúmenes de continuo el lectoral le ponía delante.

Llamábase la tentación Camila Acebedo, y era hija de D. Antonio Acebedo, antiguo Magistrado de Málaga, grande aficionado á disquisiciones teológicas, y por lo mismo asiduo contertulio del lectoral con quien gustaba trabar palique, y ensarzarse, y gallear á veces, sobre si Suarez dijo ó no dijo, ó si Molinos fué ó dejó de ser.

En estas veladas, mientras los dos viejecitos, gotoso el clérigo, y miope el magistrado, sumerjian sus inteligencias en los rayos de la gracia y ponian en juego las jerarquías angélicas, el más travieso y maleante de los diablillos andaba suelto por el salón, y á la manera de esas pequeñas arañas que pasan de una flor á otra flor tendiendo invisibles sedas, iba, ó por mejor decir, briucaba

(Se continuará)





LA ACCION



## UNA TRAJEDIA Y UN CANTICO

Una tarde de fines del siglo XIII, turbas numerosas venidas de Fiesolè y S. Miniato y pueblos ribereños del Arno, acudían á Florencia atraídas por la fama de aparatosa, fiesta, y se derramaban por las calles cubiertas de hojas de rosa y retama.

Los balcones ostentaban tisúes, ó paños de seda roja, azul y blanca, recamados de guirnaldas. Las campanas de Santa María volteaban lanzando alegres notas sobre aquel alborotado mar de penachos y banderas.

En uno de los lados de la plaza de la Anunciata, alzabase á grande altura sobre el suelo, ancho tablado en el cual hermosísimas damas y bizarros caballeros bromeando y riendo aguardaban la procesión que por allí debía pasar.

De las damas en aquel sitio reunidas, ninguna tan bella como Irene, y de los caballeros ninguno mas galanteador que Iacopone de Todi, el melilluo poeta que poseía el secreto de eternecer y embelesar con sus armoniosos versos.

Iacopone noble por su cuna, artista por su inspiración, letrado por sus estudios, se había hecho ilustre en Florencia por estas cualidades, pero aun mas por su purísimo y ardiente amor á Irene que le correspondía con igual apasionamiento. Era ya cosa averiguada en Florencia que no comparecía en público Irene sin que al momento se presentase Iacopone, ni publicaba Iacopone poesía en que no estuviese contenido mil veces el nombre de Irene.

No es extraño pues que en la tarde á que nos referimos, rayase en trasportes de delirio la alegría de Iacopone por el placer de estar sentado al lado de su amada, mientras durase la función que tanto gentío había congregado.

Y la función llevaba trazas de prolongarse mucho según tardaba en comenzar, con gran contentamiento de Iacopone, y de los demás caballeros que con él se hallaban en el tablado departiendo galantemente con la multitud de hermosas damas que allí tenían asiento.

Por fin, despues de larga espera, se oyó el estridente clamoreo de lejanas trompetas. El populacho que invadía la plaza, se estremeció con sacudidas de tempestuoso oleaje. Sorda gritería se esparció por el aire. A los pocos minutos asomaron los *gonfalonieri* por una de las avenidas de la plaza, con sus bordadas dalmáticas, y sus estandartes desplegados al aire.

El séquito empezó á avanzar entre los vítores de la muchedumbre. Las damas vestidas de brocateles, ataviadas de joyas y resplandecientes de hermosura, se reclinaban en los adamascados balcones y ventanas entre lujosos y alegres caballeros.

Cada vez que en la esquina aparecía un nuevo grupo, estallaba formidable ¡viva! seguido de estrepitoso aplauso. Los sonos de las campanas, de las músicas y los vítores vibraban confundidos en armoniosa orjía. En el desfile de grupos llegó uno de niñas que representaba los doce meses del año. Decíase que para formarlo se habían escogido las muchachas mas lindas de Florencia y sus contornos; así es que al aproximarse produjo un movimiento de viva curiosidad en el tablado. Los que estaban detrás se levantaron sobre la punta de los pies en equilibrio inestable, y los que estaban en primera fila se apiñaron avanzando sus pechos por encima de la baranda para no perder un solo detalle del espectáculo.

De repente el tablado se balanceó; y enseguida oyóse horrible crujido.

Un clamoreo feroz, inmenso, un grito de naufragio, un alarido de desesperación y angustia lanzado á un tiempo por millares de bocas, hendió el espacio. Con fragor de trueno y rapidez de avalancha el tablado se derrumbó arrastrando un torbellino de gasas, flores, joyas y damascos.

Imposible describir el tumulto. Cesaron de clamo-

las trompetas, se desbandó la procesión y pueblo y soldados, precipitándose al lugar de la catástrofe empezaron á separar con ardor el enorme peso bajo el cual se retorcián en agonía, lívidos, desgarrados, sangrientos, aquellos caballeros y damas pocos segundos antes tan regocijados y tan ricamente prendidos.

Los ayes de los heridos, y los lamentos del pueblo no cesaban un instante. De pronto de entre el monton de maderos se vió surgir un joven desgredado, lleno de sangre, llevando en sus brazos una dama hermosa aun en su rigidez cadavérica.—«¡Jacopone! ¡Irene!» gritó la multitud con espresion de doloroso horror. Efectivamente era Jacopone que enloquecido se abrazaba con el cuerpo inánime de su adorada, y echaba á correr con ella en brazos por las calles de Florencia, como si quisiese impedir que la muerte se la robase.

Poco tiempo despues el gentil mancebo, el inspirado poeta, el apasionado caballero, vestido con la gruesa estameña de los frailes menores de S. Francisco, lloraba acerbamente en el retiro de una celda, y se maceraba el cuerpo con rigurosa penitencia. Allí convertido el pensamiento á las regiones donde había volado el alma pura de sus amores, desbordaba las ansias de su corazón, en ardentísimas preces, y el inmenso dolor que le roía, en cánticos y suspiros.

Una noche llorando en un rincon del templo fijóse en una imágen de la Dolorosa que le miraba con ojos tristes, como queriendo decir: «¡oh! tu que recorres senda de penas, contéplame, y juzga si hay dolor igual á mi dolor!»

Aquella mirada angustiosa de la Virgen penetró como aguda espada en el corazón de Iacopone. Poseído de fiebre entró en su celda, y con lágrimas en los ojos, y sollozos en la garganta, se puso á escribir, y escribió el himno del dolor, la nota mas patética que ha lanzado la inspiración, aquella poesía que se canta llorando porque lleva explosiones de besos y lluvia de lágrimas en cada uno de sus versos, el *Stabat mater*!

## DE BETFAGE AL CALVARIO

Vibran las palmas y el florido olivo,  
estalla de los vítores el son:  
—en medio un pueblo de su amor cautivo  
Jesús entra en Sion,  
Brillan las lanzas, la blasfemia brama,  
la piedad huye, el sol pierde su luz:  
entre un pueblo feroz que sangre clama,  
Cristo sube á la cruz.  
Ayer el triunfo y el aplauso vario,  
hoy el oprobio y el dolor sin calma...  
Betfage solo dista del Calvario  
el grueso de una palma.

## NOTICIONES

La compañía de Sarah Bernhard en su expedición á América ha dado 146 representaciones que han producido 700,000 duros. En Buenos-Ayres la diva recibió en la noche de su beneficio entre otros regalos, el título de propiedad de tres leguas cuadradas de terreno en las Pampas.

El ferro-carril de Sarriá ha trasportado durante este año último 2,141,044 pasajeros. De manera que componiendo las poblaciones de Barcelona, Gracia, S. Gervasio y Sarriá, únicas que se sirven de dicha línea, un total de 292,237 habitantes, resulta algo más que siete viajes por individuo.



## QUID PRO QUO

(Conclusión)

Aunque Tomasito tenía muchas cosas en que pensar para distraerse contemplando y haciendo guiños á una muchacha hermosa, sin embargo aquella lo era tanto, que no pudo por menos de cautivarle la atención. ¡Y cosa extraña! Siempre que Tomasito le asestaba una furtiva mirada como al descuido, sorprendía á la niña mirándole con afición suma. El caso se repitió muchas veces. — «¡Sí se habrá enamorado de mí!» pensó Tomasito. Y vuelta á la mirada, y vuelta á la sorpresa. — «¡Nada, que la he flechado!»

La niña iba acompañada de una mujer anciana con el aspecto de mamá. «¡Si al menos hubiese ido sola!» Pensaba Tomasito. ¡Pero bah! ¡eso no le hace! Y deslizaba el pié por bajo del vestido de la niña en busca de suave apoyo. En el momento que sintió el fino contacto de la botita de chagrín, la anciana se levantó, y rogó al conductor que parase el tranvía. La niña se levantó súbitamente colorada. Echó una última silenciosa mirada á Tomasito, dejando caer de su purpurina boca la más encantadora de las sonrisas. Tomasito sintió un golpe en el pecho. Madre é hija se apearon, y entraron en una escalerilla frente la cual había parado el coche. — «Número 29:» dijo para sí Tomasito: no lo olvidaré. Ahora lo que importa es cobrar la letra. Despues veremos. ¡Vive Cristo, que hoy estoy de suerte!»

Cinco minutos después entraba con aire de triunfador en casa de los Sres. «Caligut Moratón y C.<sup>as</sup>»

—Vengo á cobrar esta letra, dijo al dependiente encargado de los pagos.

Este sin contestar palabra cojió el papel que le presentaba Tomasito; lo examinó, y luego arrojando una mirada de inquisidor al joven, — «Aguarde V. un poco,» le dijo, y desapareció. No tardó un minuto en volver el dependiente ¡ojalá no hubiese vuelto nunca! Venía seguido de dos polizontes. —Ese es! exclamó señalando á Tomasito que presenciaba con el mayor asombro aquella extraña escena. Inmediatamente los polizontes le cogieron del brazo, diciendo: —Siga V. —¿Que es esto? repuso Tomasito. —Que V. siga, y que se calle! —Callarme, no! voto á sanes! quiero saber porque se me pone preso. —No es V. quien ha venido á cobrar esta letra? —Vaya si lo soy. —Y se atreve V. todavía? —Pues no he de atreverme? Acaso no me pertenece? En una carta me ha venido esta mañana, no se de donde porque no he podido entender la firma; pero esto lo dice muy claro: «Tomas Verdoso y Hermano.» Y Tomasito mostraba la carta, y su cédula personal. —Tomas Verdoso y Hermano, ven Vds? Soy yo! Mi cédula lo dice.»

El dependiente soltó una ruidosa carcajada. Todo estaba comprendido. En la ciudad había una casa de comercio cuya razón era «Tomas Verdoso, y hermano.» Lo que se creyó un *tiniv*, había sido un simple error del cartero.

Despues de haber desfogado su rabia con unas cuantas maldiciones contra su perversa estrella, mientras regresaba á su casa Tomasito se consoló diciendo: —«Al menos no será todo mohina. La niña del número 29 me compensará el disgusto. Que está loca por mi gallarda persona, no hay que dudarlo. Parece rica, y por ahí es por donde debo coger del rabo á la ocasión. Ea; á componerme un poco, y á rondarle los balcones.»

Así discurrendo, y fantaseando un poema de amor, entró en su chiribitil, plantóse delante el espejo para arreglarse el nudo de la corbata, y ¡horror! una enorme mancha de tinta que campeaba en su frente cojiendole parte de la mejilla derecha, le explicó instantaneamente el porqué de las miradas de soslayo y de la deliciosa sonrisa de la linda muchacha del tranvía.

De un puntapié hizo rodar la mesa que servía de trono al tintero causante de aquella fechoría.

Desde entonces Tomasito cuando recibe una carta, ó la mirada de una niña hermosa, no cesa de temblar hasta que el *Indicador* y el espejo le tranquilizan demostrándole que no ha padecido error el cartero, ni hay mancha de tinta en el rostro.

## CUESTION PELIAGUDA

El invierno despoja  
el ameno jardín de flor y de hoja:  
por eso Serafin poeta tierno,  
desnudo anda en invierno,  
y todo el mundo con desden lo arroja.

En cambio al asomar invierno triste,  
de lana ó pelo el animal se viste:  
por eso hallan á Blas los frios crueles  
bien aforrado de calientes pieles  
y la gente le aplaude... ¿En que consiste?

Pues en que el mundo, en términos reales,  
profesa mas estima,  
á aquel que lleva encima,  
mas pelos y mas pieles de animales.

## PROSPECTOS AL CROMO

Con láminas expofeso para sombrereros y sastres.

La primera representa el tiempo sentado sobre un sombrero de copa en actitud de juzgar á unos gñecillos alados que calzan variados sombreros demostrando que los que se anuncian el tiempo no los destruye.

La segunda es una bella alegoría de las 4 estaciones figuradas por otros tantos niños vestidos con el traje de la respectiva temporada.

La distribución de las figuras de dichas láminas permite insertar en la cara ilustrada el nombre y señas del anunciante, además de las 20 líneas que pueden imprimirse al dorso.

El precio de estos prospectos es de 24 reales el millar, debiendo ser de 4000 su menor pedido, acompañando su importe en libranza dirigida al Administrador de este periódico D. JUAN ESPRIT quien con su intervención asegura que los pedidos serán servidos con toda prontitud.

## NUESTRAS LAMINAS

### LA MENSAJERA DE AMOR

«¿Veis la niña hermosa como acaricia la paloma? Pues no ha de acariciarla, si le trajo en el pico la misiva de su amado ausente! Ya puede el padre advertir al cartero que no pase carta dirigida á la niña sin que á él se la entregue, ya puede amonestar á la criada que no reciba recados de ningún mozalvete, y ordenar al portero que esgrave á los galanes que rondan la calle! que mientras haya palomas mensajeras la niña estará en correspondencia de amor sin que el padre lo sepa.»

### LA AMBICIÓN

«Y la ambición se ríe de la muerte, dijo un poeta; y nuestro artista se ha inspirado sin duda en aquel hermoso verso. Un caballero espolea al desbocado corcel para alcanzar en frenética carrera una gloria que se aleja á medida que el avanza. No se para el ambicioso en aminorar peligros, y en dejar tras de sí olvidados el amor y la paz; corre anhelante por un puente que ciñe, tiende la mano para arrebatarse una corona y cuando cree que vá á ceñirla, la guadaña de la muerte le cercena la cabeza.»

### EL BIBLIÓFILO

Huroneando en la tienda de un librero encontró una edición de las obras completas del Archipreste de Hita, y en su manía de coleccionar preciosidades literarias que no entiende, se pasa las horas muertas con el infolio á la vista, sin leer páginas, pavoneándose á solas con el gusto que le dará mañana decir á sus amigos. «Yo poseo lo que nadie de vosotros posee.»

Tip. DELCLOS y BOSCH, Sta. Monica, 2. Pasaje.





EL BIBLIOFILO